

Del Norte al Occidente se extendió,

..... como la fiera  
Corriente del gran Bétis cuando airado  
Traslada hasta á los montes su ribera (1),

el feroz enjambre de los bárbaros habitantes del Norte, sirviendo de luz á sus pasos el incendio de las ciudades, de blanco á su furor cuanto osaba respirar ó levantarse sobre la tierra; y marcando sus huellas la sangre que de sus lanzas goteaba. Así murió la civilización romana: pero había sido demasiado grande para no dejar vestigios, y quedaron, y triunfaron de la rabia del vencedor, y viven para gloria de la ciudad eterna y mengua de sus contrarios.

Ricas y numerosas son las antigüedades romanas de España, y aunque sobre ellas se ha escrito mucho y muy bueno, todavía queda que espigar en tan abundantes mieses.

Pero, ya lo hemos dicho, la civilización romana desapareció de la tierra, y esta sometida en unas partes al dominio de los Godos, Visogodos, Alanos, Suevos y demás tribus ó pueblos que hicieron juntos la irrupción, mientras que en otras entregada á una espantosa anarquía, mas próxima en la apariencia se hallaba á volver al caos primitivo, que al estado en que á fines del siglo IV° de la era cristiana se encontraba. Nuestra España por dicha, que tal debe llamarse atendidas las calamidades que sobre los demás pueblos pesaban, agradó por lo templado de su clima y la fertilidad de su suelo á los Godos sus conquistadores. En ella asentaron sus reales y fundaron un trono que duró trescientos años sin interrupción, y que destruido por los Arabes en menos de tres, solo al cabo de setecientos de incesantes lides se vió restaurado.

En medio de la espantosa tempestad en que la sociedad europea naufragó entera, no es fácil comprender cómo se hubiera conservado ni una sola centella del sacro fuego de las artes y las letras, sin el áncora de salvación que la sabiduría de la Providencia les deparó en la religión cristiana. Nacida esa (humanamente hablando) en las últimas clases de uno de los mas insignificantes pueblos del Oriente; vilipendiada desde su origen á los ojos del vulgo en la persona misma de su divino fundador; predicando las privaciones y la mortificación en una sociedad de Sibaritas, humildad donde el orgullo era una condicion de existencia, mansedumbre á los que deliraban por los sangrientos juegos del circo, un solo Dios á los que deificaban hasta los vicios; en resumen, apoyándose en los flacos contra los fuertes y censurando á los poderosos para ensalzar á los abatidos: triunfó sin embargo de los vicios y de los placeres, de los sofismas de la ciencia y de las preocupaciones de la ignorancia, del desprecio como del martirio; triunfó hasta del egoísmo, y en pocos siglos ante el anillo del Pescador se humilló la diadema de los Césares.

Por dicha los que destruyeron el imperio de Occidente eran, como suelen serlo los pueblos primitivos, tolerantes con toda especie de culto; inclinados tanto á temer al cielo como á arrostrar los peligros de la tierra; tan incapaces de ceder á humana fuerza como débiles ante un poder misterioso y mas tremendo á sus ojos cuanto mas incomprendible á su entendimiento.

Así es como se explica (humanamente hablando, vuelvo á decir) que de cuanto existía en España al poner en ella los Godos su planta, todo menos la religion y sus ministros desapareciese. El lazo pues que unió á la destruida sociedad con la moderna fué el clero; el depositario de los restos del saber humano, el clero tambien; el agente civilizador, y en España hasta el autor de la legislación, el clero igualmente; y por eso en medio de las inconexas instituciones de la monarquía goda, donde al lado de las municipales romanas, figuran las heterogéneas y complicadísimas del feudalismo del Norte, predomina constantemente el elemento teocrático, elemento cuando se introdujo no solo utilísimo sino indispensable, pero que mas tarde hubo de producir males, acaso mayores que á nadie, á la Iglesia misma.

Lo que á nuestro propósito importa es que á la sombra de la religion renacieron las artes, exigiendo la pompa del culto católico el concurso de la arquitectura, pintura y escultura. Desde que los Godos gobernaron

(1) Rioja, *Epistola moral*,

Le farouche essaim des barbares du Nord fondit sur l'Occident,

..... semblable, en ses ravages,  
Aux flots que le Bétis déchaîne en son courroux,  
Alors que jusqu'aux monts il porte ses rivages (1);

les lueurs de l'incendie des villes éclairaient la course de ces hordes dévastatrices; tout ce qui osait s'élever ou respirer sur la terre était l'objet de leur fureur; le sang qui ruisselait du fer de leurs lances marquait les traces de leur passage. Ainsi mourut la civilisation romaine. Mais elle avait été trop grande pour qu'il n'en restât pas quelques vestiges. Il en resta, en effet, qui triomphèrent de la rage du vainqueur, et ils subsistent encore à la gloire de la ville éternelle et à la honte de ses ennemis.

Les antiquités romaines en Espagne sont aussi belles que nombreuses. Bien qu'on en ait beaucoup écrit et fort bien, il reste encore à glaner après une moisson si riche.

Mais, nous l'avons déjà dit, la civilisation romaine avait disparu de la terre, et la terre, soumise sur quelques points à la domination des Goths, des Visigoths, des Alains, des Suèves et des autres peuplades de l'invasion, ou livrée sur d'autres à une épouvantable anarchie, semblait être plus près de retomber dans le chaos primitif, que de rentrer dans l'état où elle se trouvait à la fin du IV° siècle de l'ère chrétienne. Par bonheur, et c'en était un bien grand, eu égard aux calamités qui pesaient sur d'autres peuples, notre Espagne plut aux Goths, ses conquérants, par la douceur de son climat et la fertilité de son sol. Ils y assirent leurs quartiers, et y fondèrent un trône qui dura trois cents ans sans interruption. Ce trône, détruit par les Arabes en moins de trois ans, ne fut complètement restauré qu'au bout de sept siècles de combats incessants.

Au milieu de l'effroyable tempête dans laquelle la société européenne tout entière avait fait naufrage, on ne comprend guère comment aurait pu être conservée une seule étincelle du feu sacré des arts et des lettres, si la sagesse de la Providence n'eût départi aux arts et aux lettres une ancre de salut dans la religion chrétienne. Née (humanement parlant) dans les dernières classes de l'un des peuples les plus obscurs de l'Orient, conspuée dès son origine aux yeux du vulgaire, dans la personne de son divin fondateur; prêchant les privations et la mortification dans une société de Sybarites; l'humilité, là où l'orgueil était une condition d'existence; la mansuétude à des hommes passionnés pour les jeux sanglants du cirque; un seul Dieu à des peuples qui déifiaient jusqu'aux vices; en un mot, s'appuyant sur les faibles contre les forts; flétrissant les plus superbes pour relever les plus humbles, la religion chrétienne triompha, néanmoins, des vices et des plaisirs, des sophismes de la science et des préjugés de l'ignorance, du mépris comme du martyre; elle triompha même de l'égoïsme, et bientôt le diadème des Césars vint s'humilier devant l'anneau du Pêcheur.

Heureusement ceux qui renversèrent l'empire d'Occident étaient, comme le sont d'ordinaire les peuples primitifs, tolérants envers toute espèce de culte; aussi enclins à craindre le ciel qu'à braver les dangers de la terre; aussi incapables de céder à une force humaine que faibles en présence d'une puissance mystérieuse, d'autant plus terrible à leurs yeux qu'elle était moins compréhensible à leur intelligence.

C'est ainsi que s'explique (encore une fois, humanement parlant) comment de tout ce qui existait en Espagne, lorsque les Goths y mirent les pieds, rien ne fut épargné que la religion et ses ministres. Le clergé fut donc le lien qui rattacha à la société détruite la société nouvelle. Ce fut aussi le clergé qui demeura le depositaire des débris de la science humaine; ce fut encore lui qui devint l'agent civilisateur et même, en Espagne, il faut le dire, le législateur. Voilà pourquoi l'élément théocratique prédomine constamment dans les incohérentes institutions de la monarchie des Goths, où figurent, à côté des lois municipales romaines, les us et coutumes compliqués et hétérogènes de la féodalité du Nord. Cet élément théocratique fut dans l'origine non-seulement très-utile, mais encore indispensable. Plus tard, à la vérité, il finit par produire des maux à nul autre plus funestes qu'à l'Église même.

Au surplus, ce qu'il nous importe d'établir, ce qui tient à notre sujet, c'est que les arts renacqurent à l'ombre de la religion, les pompes du culte catholique exigeant le concours de l'architecture, de la peinture et de la

(1) Rioja, *Épître morale*.

sin contradicción y singularmente desde que Recaredo, renunciando al arrianismo, redujo á España á la unidad católica, se comenzaron á edificar templos, de los cuales existían muchos cuando la irrupción de los Moros, pero que ó entonces desaparecieron en su mayor parte, ó después fueron reemplazados durante el período de la restauración de la monarquía, por otros mas suntuosos.

En el resto de Europa entendemos que la arquitectura saxona es la primera que aparece después de la ruina del imperio; si en España hubo edificios de ese género fueron naturalmente en corto número y menos caracterizados, por la razón bien obvia de que el pueblo que en Francia, y principalmente en Inglaterra lo introdujo, nunca pisó la Península. Quedan sin embargo entre nosotros algunos aunque rarísimos restos de edificios, que tienen un carácter análogo al de la citada arquitectura. Mas nuestra verdadera é importante riqueza, y la que será también el objeto de preferencia de la *España artística y monumental*, consiste principalmente en un gran número de magníficos edificios construidos desde el undécimo siglo en adelante, es decir desde que principió la época que en el lenguaje moderno se llama la *edad media*. A nuestro entender, esa edad no empezó para las artes españolas sino en la última mitad del siglo XI°, y comprende el XII°, el XIII° y casi enteramente el XIV°. — Diremos porqué.

Durante los tres siglos que mediaron desde la conquista de España por los Godos, hasta principios del VIII° de J. C. en que tuvo lugar la irrupción de los Arabes, no es posible considerar á la sociedad gótico-española mas que como en la infancia; y su historia acredita este nuestro parecer. En efecto, la nobleza formada por los conquistadores y dividida en categorías idénticas á las militares, como sus mismos nombres de caballeros (*equites*), condes (*comites*), y duques (*duces*) lo prueban; la plebe dividida en otras gerarquías inferiores, restos mutilados de la organización romana; el clero formando una clase intermedia entre las dos anteriores, mas poderosa moralmente que la primera, mas blanda también y mas aceptada por consiguiente que aquella á la segunda; las costumbres antiguas superadas por la tiranía de la conquista; las leyes del antiguo imperio truncadas y mezcladas con las del Norte: toda esa multitud de componentes heterogéneos y poderosos estuvieron casi continuamente en recíproca lucha y universal fermentación, hasta que el alfanje de Tarif remató en Jerez la víctima herida ya de muerte por el alevoso puñal del traidor Don Julian; y en tal estado de cosas, difícil era que las artes, incapaces de prosperar sino al abrigo del manto divino de la paz, hiciesen grandes progresos.

La época siguiente es, como puede concebirse, de retroceso para las artes; una sola podía prosperar y prosperó en efecto, la de la guerra. Mas como en compensación dió aquel funesto acontecimiento término á la división entre conquistadores y conquistados; todos se llamaron Godos á la vista del peligro común, y no contribuyeron menos á las glorias de Pelayo los robustos indígenas de los montes asturianos, que los pocos nobles que sobrevivieron á la catástrofe del Guadalete.

De entonces á la conquista de Granada no hubo paces entre Moros y Cristianos, pero sí treguas y frecuentes.

La benéfica influencia del claro cielo de Andalucía, principal asiento del imperio de los musulmanes, templó su ardiente sangre; y jamas pueblo adelantó en ciencias, artes, suavidad de costumbres y hasta en nobleza de sentimientos, tanto como en breve tiempo lo hicieron los Arabes en España. Singularmente el califato de Córdoba desarrolló una fuerza de saber y de civilización de que la memoria no nos recuerda ejemplo; y sin temeridad podemos decir que las ciencias exactas, las médicas, y muchas de las artes industriales, de allí salieron á extenderse por la Europa. La arquitectura también floreció entre los Moros, como lo acreditan esos restos que el tiempo ha respetado y admiran cuantos tienen la dicha de verlos; y á la influencia de un arte enteramente distinto de cuantos hasta entonces se conocían y después se han conocido, como lo es el de los Arabes, se debe el sello de originalidad de muchos monumentos españoles. Dos palabras sobre la introducción de la manera arábiga en el arte de la España cristiana.

sculpture. Dès que les Goths purent gouverner sans contradiction, et surtout depuis que Récarède, renonçant à l'arianisme, réduisit l'Espagne à l'unité catholique, on commença à bâtir des temples, dont le nombre était déjà assez considérable lors de l'irruption des Maures, mais dont la majeure partie ou bien disparurent alors, ou furent remplacés, plus tard, par d'autres plus somptueux, pendant la période de la restauration de la monarchie.

Dans le reste de l'Europe, ce fut, nous le croyons, l'architecture saxonne qui apparut la première après la ruine de l'empire; mais en Espagne, s'il y eut des édifices de ce genre, ils durent naturellement se borner à un fort petit nombre, et être moins caractérisés, par la raison bien simple que le peuple qui l'avait introduit en France, et surtout en Angleterre, ne mit jamais les pieds dans la Péninsule. On trouve cependant encore chez nous quelques restes, quoique bien rares, d'édifices qui offrent un caractère analogue à celui de l'architecture dont il s'agit. Mais nos véritables et plus importantes richesses, celles qui seront l'objet des préférences de l'*Espagne artistique et monumentale*, consistent principalement en un grand nombre d'édifices magnifiques qui ont été construits à partir du XI<sup>e</sup> siècle, c'est-à-dire depuis le commencement de l'époque connue sous le nom de *moyen âge*. Selon nous, le moyen âge n'a commencé, pour l'art espagnol, qu'au milieu du XI<sup>e</sup> siècle et comprend le XII<sup>e</sup>, le XIII<sup>e</sup> et presque en entier le XIV<sup>e</sup>. Nous allons dire pourquoi.

Pendant les trois cents ans qui s'écoulèrent depuis la conquête de l'Espagne par les Goths, jusqu'au commencement du VIII<sup>e</sup> siècle de J.-C., c'est-à-dire jusqu'à l'irruption des Arabes, on ne saurait considérer la société gothico-espagnole autrement que comme une société encore dans l'enfance. En effet, la noblesse formée par les conquérants, et divisée en catégories véritablement militaires, ainsi que le prouvent leurs dénominations mêmes de chevaliers (*equites*), comtes (*comites*), et ducs (*duces*); le peuple, à son tour, classé dans des catégories inférieures, restes mutilés de l'organisation romaine; le clergé formant une caste intermédiaire entre les deux antérieures, plus puissante moralement que la première, plus douce aussi, et par conséquent plus agréable qu'elle à la seconde; les vieilles mœurs étouffées sous la tyrannie de la conquête; les lois de l'empire détruites, tronquées et mêlées aux lois du Nord: tout, dans cette cohue d'éléments hétérogènes et puissants, fut en lutte continuelle, tout fermenta sans cesse jusqu'au moment où le cimier de Tarif vint achever à Xerez la victime déjà mortellement blessée par le poignard perfide du traître Don Julian. Dans un pareil état de choses, il était difficile que les arts, qui ne peuvent prospérer qu'à l'abri du manteau divin de la paix, fissent de grands progrès.

L'époque suivante ne fut, comme on peut bien le penser, qu'une époque de décadence pour les arts: un seul pouvait prospérer et prospéra en effet, ce fut l'art de la guerre. Mais, en compensation, la catastrophe de Xerez mit un terme à la division entre les conquérants et les conquis. Tous devinrent Goths en face du danger commun, et les robustes indigènes des monts Asturiens ne contribuèrent pas moins aux gloires de Pélage, que le petit nombre des nobles qui avaient survécu aux désastres du Guadalete (1).

Depuis lors, jusqu'à la conquête de Grenade, il n'y eut pas de paix entre les Maures et les chrétiens, mais il y eut des trêves, et elles furent fréquentes.

La bienfaisante influence du beau ciel de l'Andalousie, siège principal de l'empire des musulmans, modéra l'ardeur de leur sang, et jamais aucun peuple ne fit, en aussi peu de temps que les Arabes en Espagne, autant de progrès dans les arts, dans les sciences, dans la culture des mœurs et même dans la noblesse des sentiments. Le califat de Cordoue, surtout, développa une puissance de savoir et de civilisation dont notre mémoire ne nous fournit aucun exemple. On peut bien assurer que c'est de là que sortirent les sciences exactes, les sciences médicales et une grande partie des arts industriels, pour se répandre dans le reste de l'Europe. L'architecture fleurit aussi chez les Maures, comme l'attestent ces restes que le temps a respectés, et qu'admire quiconque a le bonheur de les contempler. C'est à l'influence d'un art qui, comme l'art mauresque, se distinguait de tous ceux que l'on avait connus jusqu'alors, que l'on doit ce cachet d'originalité dont un grand nombre de monuments espagnols portent l'empreinte. Deux mots sur l'introduction de la manière mauresque dans l'art de l'Espagne chrétienne.

(1) Petite rivière sur les bords de laquelle périrent le roi Roderic et son armée.

Uno de los caracteres que distinguen principalmente á la sociedad que resultó de la fusion de los restos del imperio de Occidente con sus conquistadores, es en nuestro entender la institucion de la *caballeria*, mediante cuyos poéticos estatutos, la guerra, que antes no se concebía sin odio implacable entre los combatientes, y cuyo resultado habia de ser constantemente la muerte ó la esclavitud de una de las dos partes beligerantes, se redujo á leyes mas suaves, siendo de entonces la generosidad y la cortesía compañeras forzosas del valor del noble. En pocas palabras, la religion del honor hizo caballeros, como la del patriotismo en Roma habia producido héroes. Puesta en contacto una nacion belicosa, amante de los peligros, é inclinada á cuanto sale del orden comun, con otro pueblo en donde las instituciones de la caballería eran la base de la sociedad, no podia menos la primera de ir adquiriendo las costumbres del segundo; y sucediendo eso entre Moros y Cristianos, aquellos acabaron por ser cumplidos caballeros y estos por tratarlos como á tales. Así, pasada la primera furia de la pelea y andando el tiempo lo bastante para que con lo vario de los sucesos aprendieran unos y otros á estimarse, sin que la hostilidad cesara, desapareció la cólera y comenzaron las relaciones, sino amistosas, por lo menos frecuentes y comedidas. Digamos en honor de la verdad, que con respecto á los Cristianos la necesidad tuvo mucha parte en todas esas transacciones, pues durante un tiempo los Moros les fueron infinitamente superiores en civilizacion; fenómeno que se explica bien por las posiciones relativas de los dos pueblos.

De esta manera, pasando los arquitectos andaluces á Castilla y no haciendo escrupulo de emplearse en trabajar para sus enemigos ni en los templos mismos del Dios cuya fe combatian sus hermanos, han dejado rastros de su estancia en las monarquías cristianas, y en sus obras se advierte, que en la traza general solian conformarse á lo recibido en el pais, conservando en los adornos el tipo peculiar al suyo.

Pero realmente hasta que los Moros estuvieron circunscritos al sur y al este de la España, no pudieron las pequeñas monarquías de Castilla, Navarra y Aragon ocuparse en otra cosa que en pelear, empleando en la guerra toda la intensidad de sus facultades y la mayor parte de sus brazos útiles; mientras que el resto de la poblacion masculina labraba los campos, ó en los monasterios rogaba á Dios por los que combatian al enemigo comun, y escribia la historia de sus hazañas. Observemos aquí que la preocupacion, universal entonces en Europa, de que un noble no debia tener otro oficio que el de las armas, ni malgastar su tiempo en aprender otras artes que las militares, dejaba en España de ser viciosa, pues que sin esa idea nunca la restauracion se verificara.

Volviendo á lo que deciamos, hácia mediados del siglo XI<sup>o</sup> ya los negocios de los Cristianos habian prosperado hasta el punto de que las fronteras en cada reino distaban bastante de lo interior, para permitir que se atendiese á trabajos en que el entendimiento es mas necesario que la fuerza. Trocados los papeles, es decir, siendo entonces conquistadores los antes conquistados, la miseria popular disminuía; las riquezas de los reyes, de los magnates y del alto clero crecian diariamente, y esto refluyó naturalmente en beneficio de la Iglesia, madre de los combatientes, señora del amor y veneracion de los pueblos, y cuya bandera guiaba á la victoria las cristianas huestes. Entonces fué cuando realmente se dejó sentir la influencia del gusto árabe que se percibe en nuestros antiguos edificios; y entonces tambien, comenzando la sociedad cristiana á consolidarse, principia el arte á ofrecer caracteres distintos.

A esa edad pues, en que sacudida la rudeza de los primeros tiempos se caminaba, aunque con tenebrosa luz é inciertos pasos, á la perfeccion de las artes, que no tuvo lugar hasta el reinado de los Reyes Católicos y sus inmediatos sucesores, nos parece que es á la que mas propiamente puede llamarse en España, y llamaremos nosotros en el discurso de nuestra obra, la *edad media*.

De paso que fundamos esa denominacion, punto importante porque ya puesta al uso conveniente es fijar su sentido, pues que ha de emplearse con frecuencia, tambien hemos indicado las causas que paralizaron durante

L'institution de la chevalerie est, selon nous, l'un des caracteres qui distinguent principalement la société formée à la suite de la fusion des restes de l'empire d'Occident avec leurs conquérants. Grâce aux poétiques statuts de cette institution, la guerre, qu'on ne concevait point auparavant sans une haine implacable entre les combattants, et dont le résultat constant devait être la mort ou l'esclavage de l'une des deux parties belligérantes, fut soumise à des lois plus douces. La générosité et la courtoisie devinrent dès lors les compagnes nécessaires du courage des nobles. En un mot, la religion de l'honneur fit des chevaliers, comme celle du patriotisme à Rome avait enfanté des héros. Une nation belliqueuse, aimant les dangers, éprise de tout ce qui sort de l'ordre naturel des choses, une fois mise en contact avec un peuple où les institutions de la chevalerie étaient la base de la société, ne pouvait qu'en adopter peu à peu les mœurs et les usages. C'est ce qui arriva entre les Maures et les chrétiens; les premiers finirent par devenir de preux chevaliers, et par être traités comme tels par leurs rivaux. Aussi, quand l'impétuosité des premiers combats fut calmée; quand, avec le temps, les chances diverses de la guerre eurent appris aux uns et aux autres à s'estimer sans que l'hostilité cessât, la colère disparut-elle pour faire place à des rapports, sinon amicaux, du moins fréquents et courtois. Avouons, à dire vrai, que ces sortes de transactions étaient souvent une nécessité pour les chrétiens, car les Maures leur furent assez longtemps supérieurs en civilisation, ce qui, d'ailleurs, s'explique parfaitement par la position relative des deux peuples.

C'est ainsi que les architectes andalous, passant en Castille, et ne se faisant aucun scrupule de travailler pour leurs ennemis, même à la construction des temples du Dieu dont leurs frères combattaient la foi, nous ont laissé des traces de leur séjour dans les monarchies chrétiennes. On remarque, dans leurs constructions, qu'ils en subordonnaient le plan général aux idées du pays, tout en conservant dans les ornements le type spécial du leur.

Au fond, jusqu'à l'époque où la domination des Maures se trouva circonscrite au sud et à l'est de l'Espagne, les monarchies naissantes de Castille, de Navarre et d'Aragon ne purent guère s'occuper d'autre chose que de combattre. Toutes leurs facultés, et la plupart de leurs bras utiles, étaient employés à la guerre: le reste de la population mâle labourait les champs, ou bien priait Dieu dans les monastères pour ceux qui combattaient contre l'ennemi commun, et y écrivait l'histoire de leurs hauts faits. Remarquons, en passant, que le préjugé alors dominant en Europe, qui imposait à tout homme noble le métier des armes, et le portait à mépriser tout autre art que celui de la guerre, cessait en Espagne d'être blâmable, car sans de pareilles idées jamais la restauracion n'aurait été obtenue.

Rentrons dans notre sujet. Déjà vers le milieu du XI<sup>e</sup> siècle, les affaires des chrétiens avaient prospéré au point que les frontières de chaque royaume se trouvaient désormais assez éloignées de l'intérieur pour permettre qu'on s'y occupât de ces sortes de travaux dans lesquels l'intelligence est plus nécessaire que la force. Les rôles étaient changés: les conquis étant à leur tour devenus conquérants, la misère du peuple diminuait; les richesses des rois, des seigneurs et du haut clergé s'augmentaient journellement, et le nouvel ordre de choses tourna naturellement à l'avantage de l'Église, dont le drapeau guidait à la victoire les phalanges chrétiennes; de l'Église, mère des combattants; de l'Église, plus que jamais alors en possession de l'amour et de la vénération des peuples. C'est à partir de cette époque que l'influence du goût mauresque perce dans un grand nombre de nos monuments, en même temps que, la société chrétienne commençant à se consolider, l'art offre ses premiers caractères distincts.

C'est donc cet âge des arts de l'Espagne, qui, après s'être affranchi de la rudesse des premiers temps, marche, quoique d'un pas incertain et sans de bien grandes lumières, à la perfection qu'il n'atteignit que sous le règne de Ferdinand et d'Isabelle la Catholique ou de leurs successeurs immédiats; c'est, disons-nous, cet âge qui nous paraît devoir être considéré en Espagne comme le moyen âge, et c'est ainsi que nous le désignerons dans le cours de notre ouvrage.

Tout en établissant les fondements de cette dénomination (point important pour nous, car une fois mis en usage, il convenait d'en bien préciser le sens, attendu que nous aurons fréquemment à l'employer), nous

largos años los progresos del arte ó influyeron en sus primeros pasos, y justificado la eleccion que en general haremos de nuestros asuntos.

Ocuparnos de monumentos iberos, celtas ó fenicios fuera lanzarnos en el vacío de las conjeturas, exponernos casi con evidencia á cometer infinitos errores, y, finalmente, escribir solo para media docena de ardientes apasionados á los estudios arqueológicos.

De las antigüedades romanas no diremos ni que escaseen, ni que ofrezcan iguales riesgos: pero sobre que es materia conocida, pertenece mas á la historia de aquel gran pueblo que á la de la monarquía española, y nuestro propósito fué desde luego el de ocuparnos en el exámen de los monumentos verdaderamente *indigenas*, permítasenos la calificación.

Descartados pues de esos antiguos monumentos, los que nos restan pertenecen unos á la monarquía goda propiamente dicha, otros á la época de la restauracion, y los últimos en fin á la de la monarquía completamente restaurada.

De los primeros quedan pocos, y sin mezcla acaso ninguno. De los segundos muchos y muy numerosos, que unidos á los anteriores y á los del arte que les siguió, pudieran clasificarse en tres grandes periodos, á saber: 1° Desde la invasion de los Godos hasta el siglo XIV°; 2° Los siglos XIV° y XV°; y 3° De principios del XVI° á la época que alcanzamos. Mas téngase presente que tales clasificaciones son por su naturaleza vagas, pues siendo los edificios producto del ingenio humano, sujetas están sus formas á la misma caprichosa variedad que las demás obras de los hombres.

Hecha esa indispensable aclaracion, diremos que todavía en cada uno de los tres periodos que hemos considerado, hay que distinguir varios estilos en el arte: por manera que en el que comprende desde la ruina del imperio hasta fines del siglo XIV° hallamos:

1° Los edificios construidos hasta el siglo XI°, restos informes del arte romano amalgamados con las bárbaras construcciones de las tribus del Norte, y que por lo mismo carecen de carácter propio y esencialmente original;

2° El estilo llamado por unos *romano de la decadencia*, por otros *bizantino*, y que acaso en España debiera ser conocido con el nombre de *gótico primitivo*, pues en efecto fué el primero en que los Godos y la nacion á ellos sujeta dieron muestras de comprender lo que la arquitectura fuese;

3° El del arco apuntado, que se llama generalmente *gótico*, en su manera primitiva: severo é imponente, sólido ó mas bien macizo, pero sin gracia ni elegancia;

4° En fin, el estilo mixto de gótico y arábigo; tambien como el anterior en sus primeros pasos.

Pasando al periodo que comprende los siglos XIV° y XV° vemos al estilo gótico, sintiéndose ya fuerte, marchar con desen vueltos pasos, ostentando en el pensamiento de sus edificios poético misticismo, en el arrojado de sus construcciones vigorosa valentía, y admitiendo en sus adornos esa especie de aligranado trabajo que llaman los artistas *crestería*. Despues ese mismo género se perfecciona, embellece y acicala, prodigando con profusion magnífica y fecundidad asombrosa sus complicados, graciosos y ricos adornos, hasta el punto de merecer el nombre de *florido* con que en efecto se le distingue de sus hermanos primogénitos pero por él suplantados. En uno y otro caso, no lo olvidemos, el gusto arábigo modifica en ocasiones el pensamiento genuino, produciendo un arte combinado casi exclusivamente propio de España.

Llegó en tal estado el décimosexto siglo, que es en el que comienza nuestro periodo tercero, y dejáronse sentir en las artes como era natural las influencias inevitables de los tiempos. De Italia, adonde unidas las coronas castellana y aragonesa se extendió la monarquía, vinieron el amor á los estudios clásicos y la consiguiente imitacion de los modelos de la sabia antigüedad, generándose con la mezcla y amalgama de los estilos gótico florido, arábigo y clásico, lo que con propiedad notable se llama renacimiento del arte. Pero andando el tiempo, la afición creció de punto convirtiéndose primero en amor y pasando á idolatría; y en consecuencia de imitar á Griegos y Romanos aprovechando al mismo tiempo, como

avons, chemin faisant, indiqué les causes qui pendant de longues années paralyserent les progrès de l'art ou influencèrent ses premiers pas, et nous avons d'avance justifié le choix que généralement nous ferons de nos sujets.

Nous occuper de monuments ibériens, celtas ou phéniciens, ce serait nous lancer dans le vide des conjectures, nous exposer presque à coup sûr à tomber dans d'innombrables erreurs, et, enfin, n'écrire que pour une demi-douzaine d'amateurs passionnés pour les études archéologiques.

Quant aux antiquités romaines, nous ne dirons ni qu'elles sont rares chez nous, ni qu'il y ait à nous en occuper les mêmes inconvénients. Mais outre que c'est là une matière fort connue, elle appartient bien plutôt à l'histoire romaine qu'à celle de la monarchie espagnole, et nous ne nous sommes proposé que l'examen des monuments véritablement *indigenes*, qu'on nous passe le mot.

Laisant donc de côté ces anciens monuments, ceux qui nous restent appartiennent, quelques-uns à la monarchie des Goths proprement dite, d'autres à l'époque de la restauration, et enfin les derniers à celle de la monarchie entièrement restaurée.

Les premiers sont fort rares, et peut-être n'en est-il pas un seul sans amalgame. Les seconds sont très-nombreux; on pourrait les classer en trois grandes périodes, savoir: la première, depuis l'irruption des Goths jusqu'au XIV° siècle; la deuxième, les XIV° et XV° siècles; et la troisième, depuis les commencements du XVI° siècle jusqu'à nos jours. Mais il ne faut pas perdre de vue que ces sortes de classifications sont naturellement vagues, car les édifices, comme productions de l'esprit humain, sont soumis dans leurs formes à la même variété capricieuse que tous les autres ouvrages de l'homme.

Cela posé, nous devons encore faire observer que dans chacune des trois grandes périodes que nous avons adoptées, il y a à distinguer différents styles dans l'art. Ainsi, dans celle qui comprend les temps écoulés depuis la ruine de l'empire jusqu'à la fin du XIV° siècle, nous trouvons:

1° Les édifices construits jusqu'au XI° siècle, restes informes de l'art romain amalgamés avec les constructions barbares des peuplades du Nord, et qui par cela même manquent d'un caractère propre, essentiellement original;

2° Le style appelé par quelques-uns *romain de la decadence*, et par d'autres *byzantin*, et qui peut-être en Espagne devrait recevoir le nom de *gothique primitif*, car ce fut en effet le premier dans lequel les Goths et la nation soumise à leurs lois montrèrent avoir compris ce que c'était que l'architecture;

3° Le style de l'ogive, généralement dit *gothique*, dans sa manière primitive, c'est-à-dire imposant et sévère, solide ou plutôt massif, mais dépourvu de grâce et d'élégance;

4° Enfin, le style mixte, gothique et mauresque, considéré, comme le précédent, dans ses premiers pas.

Passant à la période qui embrasse le XIV° et le XV° siècles, nous voyons le style gothique, ayant déjà la conscience de sa force, marcher d'un pas dégagé, déployant dans la conception de ses édifices un mysticisme poétique, un élan vigoureux dans la hardiesse de ses constructions, et admettant dans ses ornements cette espèce de travail de filigrane, que nos artistes nomment *crestería*. Puis, ce même genre se perfectionne, s'embellit, se fait coquet: il prodigue avec une profusion magnifique et avec une merveilleuse fécondité des ornements si compliqués, si gracieux, si riches, qu'il en mérite le surnom de *fleuri*, par lequel il est distingué de ses frères aînés, par lui supplantés bientôt tout à fait. Dans l'un comme dans l'autre cas, il ne faut pas l'oublier, le goût mauresque modifie parfois sa pensée originale, et il en résulte un art combiné presque exclusivement propre à l'Espagne.

Tel était l'état des choses, quand arriva le XVI° siècle, avec lequel commence notre troisième époque. Aussitôt l'inévitable influence des temps se fit sentir tout naturellement dans les arts: le goût des études classiques, et l'imitation des modèles de l'antiquité savante qui s'ensuivit nous vint de l'Italie, jusqu'où la monarchie espagnole s'était étendue après la réunion des couronnes de Castille et d'Aragon. Ce fut alors que, de l'amalgame des styles gothique fleuri, mauresque et classique, naquit ce que l'on appelle avec une propriété remarquable la *renaissance de l'art*. Mais avec le temps, le penchant au classique s'accrut, se passionna, devint de l'amour, puis de l'idolâtrie, et par suite d'une imitation des Grecs et des Romains, dans laquelle

parecía razon, el trabajo de los siglos transcurridos desde que las águilas se abatieron, se pasó también á copiar en todo y para todo una arquitectura bellísima indudablemente, pero poco en armonía con las costumbres, necesidades, hábitos morales, y religiosas creencias de los pueblos á que se aplicaba. Por lo tanto, aunque la resurreccion del clasicismo produjo un Herrera, todas sus maravillas bastaron apenas para que la nueva vida durase al antiguo género lo que al grande arquitecto la suya; pues si bien se han construido después en España algunos excelentes edificios en el estilo de que hablamos, casi al mismo tiempo que esa escuela florecia en su apogeo, comenzó la imaginacion de los artistas á descarriarse á pasos agigantados. Entonces fué cuando viejos los pueblos, gastadas las instituciones, caducando la filosofía, y preparándose en el seno de la sociedad, como en las entrañas de la tierra la explosion de un volcan, esa tan grande como terrible revolucion comenzada en Francia á fines del siglo pasado y que el cielo sabe solo donde y cuando se terminará; entonces, decimos, fué cuando, mal avenido el ingenio con las trabas del arte clásico, y cansado el vulgo de lo bueno, tuvo lugar primero la decadencia y despues la época conocida con el nombre del mal gusto, á la cual sucedió la muerte de la arquitectura ó poco menos.

Volvamos la vista atrás por un momento. Hundióse con Roma, no una ciudad, no un imperio, sino toda una civilizacion, dejándonos apenas otro rastro que el de sus magníficos monumentos, que aun hoy sirven de faro á los que se arrojan al piélago de las investigaciones arqueológicas. Al organizarse la sociedad gótico-española, sintiendo solo la necesidad de existir, cuida poco de las comodidades de la vida, menos de la ostentacion arquitectónica. La solidez era entonces la mas preciada prenda, y sola esa hallamos tambien en los edificios de aquella época.

A medida que el estado se robustece y siente fuerte, las artes van desplegando las alas; da el brazo alguna vez lugar al entendimiento; no desdeñan las armas el acompañamiento de la cortesía; y domina en fin el espíritu religioso en el cuerpo social. Véase á la arquitectura ya osada, admitiendo el ornato, mística y poética tambien.

Con la invasion de los Arabes parecen casi todas las obras de los Godos, y hasta que los dos pueblos conquistador y conquistado se equilibran no hay arte en España. Mas cuando en el discurso de la obra colosal de la restauracion de la monarquía, entrambas partes han sufrido los reveses de la guerra, esta se humaniza, las comunicaciones se hacen frecuentes, y al paso que en la parte moral los infieles se hacen Españoles y estos no toman poco de aquellos, la arquitectura progresa en los dos pueblos, y mas tarde los estilos arábigo y gótico se mezclan, confunden y amalgaman.

Isabel y Fernando se coronan reyes de España, de Nápoles y del Nuevo Mundo; su nieto el grande emperador Carlos Quinto vence á sus rivales ó con la espada ó con la generosidad, y llega á ser el árbitro de la Europa: nuestra arquitectura crece, se desarrolla, se engalana, pone á contribucion lo pasado y lo presente, es la primera entre las primeras.

Sube Felipe Segundo al trono: ahí está el Escorial tan sombriamente grande, como el monarca mismo cuya memoria no tiene igual en nuestros anales. Con los débiles descendientes de la casa de Austria, el arte es muelle; y con el último, con ese Carlos Segundo, á quien como Españoles quisieramos olvidar, son sus obras miserables abortos de raquíticos ingenios.

¿Quién no reconoce en la severidad clásica, en la solidez elegante, en la ostentacion del lujo arquitectónico de las obras del tiempo de Carlos Tercero, el carácter noble, recto, espléndido, de aquel excelente monarca?

¿Y quién en lo incierto, caprichoso y confuso del arte durante la época que llega hasta nosotros, no advierte la inseguridad continua de los gobiernos, la agitacion de los pueblos, la violencia é inestabilidad de las doctrinas, el siglo de transicion, en fin, en que vivimos?

Por esa rápida ojeada que acabamos de echar sobre nuestra historia haciendo ver las modificaciones que el arte sufrió en sus distintas épocas, parécenos que debe comprenderse claramente, que en nuestra opinion

on mettait à profit, comme de raison, le travail des siècles écoulés depuis que les aigles romaines étaient abattues, on passa à la copie exacte d'une architecture fort belle sans doute, mais peu en harmonie avec les mœurs, les besoins, les habitudes morales et les croyances religieuses des peuples chez lesquels elle était introduite. Aussi, bien que la résurrection du genre classique eût produit un Herrera, toutes les merveilles de ce dernier suffirent-elles à peine pour que la nouvelle vie de l'art antique durât autant que celle du grand architecte. Il est vrai que quelques édifices excellents furent construits depuis en Espagne dans le style de l'antique; mais presque au moment même où cette école fleurissait le plus, l'imagination des artistes commença à s'égarer à grands pas. Alors les peuples avaient vieilli, les institutions étaient usées, la philosophie tombait, et, semblable à la terre qui prépare longtemps dans ses entrailles l'explosion d'un volcan, la société couvait déjà dans son sein cette révolution aussi grande que terrible, qui commença en France à la fin du siècle dernier, et qui finira Dieu sait où et quand; alors l'esprit des artistes se sentit gêné par les entraves de l'art classique; alors le vulgaire se montra fatigué du bon; alors se manifesta d'abord la décadence; puis vint l'époque connue sous le nom du mauvais goût, puis à peu près la mort de l'architecture.

Reportons un moment les yeux en arrière. Avec Rome s'écroula, non une cité, non un empire, mais une civilisation tout entière, ne laissant à peine derrière elle d'autre trace que celle de ses magnifiques monuments, qui sont encore aujourd'hui un phare pour quiconque s'élance sur l'océan des recherches archéologiques. La société gothico-espagnole, n'éprouvant au moment de son organisation d'autre besoin que celui de l'existence, recherche peu les commodités de la vie, et bien moins encore l'ostentation architecturale. La solidité était alors la qualité la plus estimée, et c'est aussi la seule que nous trouvons dans les édifices de cette époque.

A mesure que l'état s'affermi et sent ses forces, les arts vont déployant leurs ailes; le bras cède parfois la place à l'intelligence; les armes ne dédaignent plus l'alliance de la courtoisie; l'esprit religieux domine enfin le corps social. Aussi, voyons-nous l'architecture déjà enhardie admettre l'ornement, et se faire à son tour mystique et poétique.

Lors de l'irruption des Arabes, presque tous les ouvrages des Goths périrent, et il n'y a plus d'art en Espagne jusqu'à ce que les deux peuples arrivent à se faire équilibre. Mais lorsque, pendant le cours du grand oeuvre de la restauration de la monarchie, les deux parties belligérantes ont eu à souffrir tour à tour des revers de la guerre, celle-ci s'humanise et les communications deviennent fréquentes; et tandis que, sous le rapport moral, les infidèles deviennent Espagnols, et ceux-ci prennent beaucoup des Maures, l'architecture avance d'un pas égal chez les deux peuples, et, plus tard, le style mauresque et le style gothique se mêlent, se confondent, s'amalgament.

Isabelle et Ferdinand sont couronnés rois d'Espagne, de Naples et du Nouveau-Monde; le grand empereur Charles-Quint, leur petit-fils, l'emporte sur ses rivaux par l'épée ou par la générosité, et devient l'arbitre de l'Europe: notre architecture grandit, se développe, se pare, met à contribution le passé et le présent; elle devient la première de toutes.

Philippe II monte sur le trône: regardez l'Escorial, aussi sombriement grand que le monarque même, dont la mémoire est sans égale dans nos fastes. Sous les faibles rejetons de la maison d'Autriche, l'art faiblit. Sous le dernier, sous ce Charles II, que comme Espagnols nous voudrions pouvoir oublier, ses produits ne sont plus que des avortements échappés à de rachitiques esprits.

Qui ne reconnaîtrait dans la sévérité classique, dans la solidité élégante, dans l'ostentation de richesse architecturale qui distinguent les ouvrages du temps de Charles III, le caractère si noble, si droit, si fastueux de cet excellent monarque?

Et, dans ce que l'art a d'incertain, de bizarre, de confus, à l'époque qui aboutit à nos jours, qui pourrait méconnaître l'insécurité continuelle des gouvernements, l'agitacion des peuples, la violence et l'instabilité des doctrines, en un mot, ce siècle de transition dans lequel nous vivons?

Le rapide coup d'oeil que nous venons de jeter sur notre histoire, pour y signaler les modifications que ses différentes époques ont imprimées à l'art, aura fait comprendre parfaitement, ce nous semble, que, dans notre

conocer la arquitectura de un pueblo es conocer tambien al pueblo mismo, al menos en general y con respecto al grado de civilizacion en que se halla. Ciertamente no basta el estudio de los monumentos, por profundo y aprovechado que sea, para escribir la historia. Enemigos de exageraciones, nos guardaremos de incurrir en esa: pero sostendremos con íntimo convencimiento que sin el auxilio de aquel importante ramo de los conocimientos humanos, jamás podrá formarse cabal idea de la indole, carácter, é ilustracion de un estado.

Tal es nuestra opinion, y en ella se funda el pensamiento de la *España artística y monumental*: pero, fuerza es repetirlo, sacar de la cantera y desbastar algunas piedras, no es levantar el edificio. Júzguenos pues por lo que intentamos, y basta para ejercitar la indulgencia del público: mas no se crea ni que escribimos un libro dogmático, ni que cuando decimos nuestro parecer queremos que se reciba por ley, ni menos que locamente aspiramos á ser tenidos por maestros en tan difícil arte.

P. E.

## SANTA MARIA DE LAS HUELGAS, EN BURGOS:

### LA CLAUSTRILLA.

(CUADERNO 1º. — ESTAMPA IIª.)

Por donde quiera que tendamos la vista en España, hallaremos en magníficos monumentos la justificacion del dictado de Católica, que por excelencia le da su historia; y en Burgos, primera capital de Castilla, aunque ya decaída de su esplendor antiguo, restan aun pruebas irrecusables del generoso celo con que la munificencia de nuestros reyes enriqueció á un tiempo á la religion y á las artes. Así, después de oculto al occidente el astro del día, deja por algun tiempo sobre las altas cumbres una auréola de luz que recuerda al menos su pasado brillo. Plegue al cielo que la obra de la destruccion de nuestros artísticos monumentos, harto adelantada por desdicha, no reemplace pronto la pálida luz del crepúsculo con la completa oscuridad de la noche.

A un cuarto de legua de la ciudad y separado de ella por la corriente del Arlanzon, entre las frondosas ramas de cantidad de chopós se deja ver el monasterio de Santa María, vulgarmente llamado de las Huelgas, sin duda porque, como la tradicion lo afirma, donde ahora se levanta el templo del Ungido, hubo un tiempo cierta casa de holganza ó placer donde los reyes olvidaban los afanes del gobierno y las fatigas de la guerra.

Débase la fundacion de este monasterio á Don Alfonso el VIIIº quien, segun una inscripcion que en él existe, la hizo para expiar los pecados que á su entender fueron causa de la rota de Alarcos. Parece tambien de la misma lápida, que la reina Doña Leonor, esposa de Don Alfonso, contribuyó á tan pia resolucion, y que el cumplimiento de esta fué parte para que se alcanzase la milagrosa victoria de las Navas. Como quiera que sea, nunca se concedieron á monasterio alguno de religiosas tan altos privilegios como al de las Huelgas, cuya abadesa tenia y ha tenido casi hasta nuestros tiempos la inmensa autoridad que se infiere del encabezamiento de sus despachos, el cual copiaremos por parecernos digno de memoria. Dice así:

« Nos Doña N. N., por la gracia de Dios y de la santa Sede Apostólica,  
» Abadesa del Real Monasterio de las Huelgas cerca de la ciudad de Burgos,  
» órden del Cister, hábito de N. P. S. Bernardo, Señora, Superiora, Prelada  
» y Madre y legítima Administradora en lo espiritual y temporal de dicho

opinion, connaître l'architecture d'un peuple, c'est connaître aussi ce peuple lui-même, du moins en général et par rapport au degré de civilisation où il est parvenu. Assurément l'étude des monuments, si approfondie qu'elle soit, ne suffit pas pour écrire l'histoire. Ennemis de l'exagération, nous nous garderons bien de tomber dans celle-là. Mais nous soutiendrons avec une conviction intime que, sans le secours de ce genre d'études, jamais on ne pourra se faire une idée complète du génie, du caractère et des lumières d'un état.

Telle est notre opinion, et c'est sur elle que s'appuie la pensée de l'*Espagne artistique et monumentale*. Mais, il faut bien le redire: extraire quelques pierres de la carrière et les dégrossir, ce n'est pas là construire l'édifice. Qu'on nous juge donc sur ce que nous nous bornons à entreprendre; c'est assez pour exercer l'indulgence du public. Mais qu'on ne s' imagine pas que nous ayons voulu écrire un livre dogmatique, que lorsque nous émettons notre avis nous prétendions le moins du monde l'imposer comme loi, et bien moins encore que nous aspirions follement à passer pour maîtres dans un art si difficile.

P. E.

## SAINTE-MARIE DE LAS HUELGAS, A BURGOS:

### LA CLAUSTRILLA (LE PETIT CLOÎTRE).

(1º LIVRAISON. — PLANCHE II.)

De quelque côté que nous tournions les yeux en Espagne, nous y verrons justifié par d'admirables monuments le surnom de *Catholique*, que l'histoire lui donne par excellence. A Burgos, capitale primitive de la Castille, bien que déchue aujourd'hui de son ancienne splendeur, il reste plus d'un irrecusable témoignage du zèle généreux avec lequel la munificence de nos rois se plut à enrichir la religion et les arts. De même l'astre du jour, après s'être couché à l'occident, laisse encore pour quelque temps sur les hauteurs une auréole de lumière qui rappelle du moins son éclat disparu. Dieu veuille que l'œuvre de la destruction de nos monuments artistiques, qui déjà, par malheur, n'est que trop avancée, ne substitue pas bientôt les ténèbres de la nuit aux pâles lueurs du crépuscule!

A un quart de lieue de la ville, et de l'autre côté de l'Arlanzon, on découvre, à travers un épais rideau de peupliers, le monastère de Sainte-Marie, dit *las Huelgas*. Ce surnom lui vient sans doute de ce que, suivant la tradition, sur l'emplacement où s'élève de nos jours la sainte maison, existait jadis un château de plaisance ou de *récréation* (1), où les rois de Castille allaient oublier les soucis du gouvernement et se reposer des fatigues de la guerre.

La fondation de ce monastère est due à Don Alphonse VIII. D'après une inscription qu'on y lit encore, ce roi le fit bâtir en expiation des péchés qui, à ses yeux, avaient été la cause de la défaite d'Alarcos. Il appert encore de la même inscription que la reine Doña Leonor, épouse de Don Alphonse, contribua à la pieuse résolution de son mari, et il y est donné à entendre que cette résolution valut aux armes chrétiennes la miraculeuse victoire de las Navas. Quoi qu'il en soit, il est certain que nul monastère de religieuses n'obtint jamais autant de privilèges que celui de *las Huelgas*, dont l'abbesse possédait encore dernièrement l'autorité immense qui résulte des titres énumérés en tête de ses diplômes. Ces titres nous ayant paru dignes d'être remarqués, nous en donnons une copie. La voici:

« Nous, Doña N. N., par la grâce de Dieu et du Saint-Siège apostolique  
» abbesse du royal monastère de *las Huelgas*, près Burgos, de l'ordre de Ci-  
» teaux, de l'habit de Notre Père saint Bernard; dame suzeraine, supérieure,  
» prélate, mère et légitime administratrice au spirituel comme au temporel

(1) *Huelga* signifie récréation, loisir.



Lith. par Berault et Bayot

CLAUSTRUM DE LAS HIJAS EN BURGOS  
dans l'intérieur de Monastère de las Huelgas a Burgos.

Lith. par Berault et Bayot

CLAUSTRUM DE LAS HIJAS  
en Burgos

Engraving by Goussier, Paris

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Donativo del Sr. Conde de  
Roussines a la Biblioteca  
de la Alhambra, 1879

» Real Monasterio y su Hospital que llaman del Rey (1) y de los conventos,  
 » iglesias y ermitas de su filiacion (2), villas y lugares de su jurisdiccion,  
 » señorío, y vasallaje (3), en virtud de bulas y concesiones apostólicas,  
 » con Jurisdiccion omnimoda, privativa, cuasi Episcopal (4), *nullius*  
 » *Diocesis*; y Reales privilegios, que una y otra jurisdiccion ejercemos (5),  
 » como es público y notorio, etc., etc. »

El aspecto general del edificio, ó mejor dicho, del agregado de edificios ó construcciones sucesivas que componen la totalidad del monasterio, no es ni tan agradable ni tan imponente como pudiera y debiera ser, merced á las partes exóticas que ahogan, por decirlo así, la fábrica primera, y á las profanaciones con que la ignorancia la mutiló y desfiguró en diversas épocas. Con todo eso, las Huelgas son uno de los mas curiosos monumentos que el artista y el anticuario pueden desear, pues que en él se encuentra compendiada la historia de la arquitectura española, desde que salió de las tinieblas en que la irrupcion de los bárbaros sumió á las artes, hasta su perfeccion en el XVI° siglo. En efecto, la estampa II° de este cuaderno ofrece un ejemplo de las construcciones del estilo bizantino en uso desde el VII° al XII° siglo; en la capilla llamada de Doña Leonor, lo tenemos de la manera árabe del IX°; en la parte construida por el fundador, del severo y macizo gótico del XII°; del árabe elegante del XIV°, en la capilla de San Miguel; y en fin, de los graciosos y ligeros adornos del gótico florido del XV°, en diversas y bellísimas construcciones del XVI° á que se enlazan. ¿Qué mas hemos menester para que con propiedad nos sea lícito decir que las Huelgas son una escuela del arte? Nada en verdad, pero todavía nos quedan como en reserva y superabundancia, los numerosos, ricos y variados enterramientos de reyes, reinas, príncipes, princesas y otros personajes eclesiásticos y seglares de gran valía, allí sepultados. De algunos haremos mencion al tratar de diferentes partes de este importantísimo monasterio, pero no nos detenemos á enumerarlos ahora porque fuera obra mas larga y prolija de lo que la naturaleza de la nuestra consiente. Remitimos pues al curioso al tomo XVII de *la España Sagrada*, donde mas detenidamente se da cuenta en su capítulo del número de personas reales enterradas, de los reyes coronados y de otros notables sucesos ocurridos en Santa María de las Huelgas.

Antes de proceder á ocuparnos en la estampa cuya explicacion debemos á los lectores, detengámonos todavía un momento ante ese monasterio cuyos robustos muros mas parecen de fortaleza que de templo; y apuntemos siquiera que en su construccion se ve cómo en el XII° siglo, comenzando la ogiva á suceder al arco semicircular, la arquitectura lucha por sacudir el gusto del Bajo Imperio, llamado bizantino, y consiguiéndolo á medias ofrece en sus resultados un carácter anómalo y mal distinto. ¿No son la mole y solidez de ese edificio, emblemas de una sociedad en que el hierro vestia mas hombres que la lana, en que ley y fuerza eran palabras sinónimas, en que el derecho divino servia de poco á los reyes si el filo de su espada no era tan sutil como terrible la pujanza de su brazo?

Hay indudablemente un pensamiento, un espíritu en cada una de las épocas de la historia de los pueblos, que influye en todos los actos, que imprime su sello en todas las obras grandes y pequeñas, que, en una palabra, es á las naciones lo que el alma al cuerpo; y comprender esa idea y explicarla es escribir la historia, como en su tiempo fué gobernar bien, explotarla en beneficio de la comunidad. Véase el ejemplo en Alfonso VIII°, uno de nuestros mas esclarecidos monarcas; y examínese su principio

(1) Este hospital del Rey, que es parte del monasterio, se fundó para los peregrinos que iban á Compostela; y á efecto de confesar á los estranjeros, habia en él un eclesiástico que tambien lo era. A su inmediacion hay una especie de pueblecillo compuesto de las habitaciones destinadas al comendador mayor, á doce frailes y ocho comendadoras de Calatrava, que dirigian el hospital bajo la autoridad de su señora la abadesa. Las reformas políticas de España han hecho desaparecer esa corporacion.

(2) Eran en efecto bastantes los establecimientos religiosos que dependian de las Huelgas.

(3) Doce ó trece villas y cincuenta lugares.

(4) Hasta el punto de dar dimisorias para órdenes.

(5) Proveia en su jurisdiccion, corregimientos, encomiendas, prelacías, curatos, etc., y era señora de horca y cuchillo.

» dudit royal monastère et de l'hôpital dit du Roi (1), y attenant, comme des  
 » couvents, églises et ermitages de sa filiation (2), des villes et bourgs de  
 » sa juridiction, de sa seigneurie et de son vasselage (3); le tout en vertu  
 » de bulles et concessions apostoliques, avec juridiction *totius juris*, priva-  
 » tive, quasi-épiscopale (4), *nullius diocesis*; et par chartes royales suivant  
 » lesquelles nous exerçons les deux juridictions (5), ainsi qu'il est de notoriété  
 » publique, etc., etc. »

L'aspect général de l'édifice, ou plutôt de l'agrégat d'édifices ou constructions successives qui constituent l'ensemble du monastère, n'est ni aussi agréable, ni aussi imposant qu'il pourrait et devrait l'être, à cause des parties exotiques qui, pour ainsi dire, étouffent le monument primitif, et des profanations par lesquelles l'ignorance l'a défiguré et mutilé à différentes époques. Néanmoins, *las Huelgas* sont un des monuments les plus curieux que l'artiste et l'antiquaire puissent imaginer. On y trouve en abrégé l'histoire de l'architecture espagnole, depuis ses premiers pas, au sortir des ténèbres dans lesquelles l'irruption des barbares avait plongé les arts, jusqu'à son perfectionnement au XVI° siècle. En effet, la planche II de cette livraison offre un modèle des constructions dans le style byzantin, en usage depuis le VII° siècle jusqu'au XII°; dans la chapelle dite de Doña Leonor, on trouve la manière mauresque du IX° siècle; la partie construite par le fondateur a le caractère sévère et massif du gothique du XII° siècle; dans la chapelle Saint Michel règne le mauresque élégant du XIV° siècle; l'on trouve, enfin, les gracieux et légers ornements du gothique fleuri du XV° siècle dans différentes constructions très-belles du XVI° auxquelles ces ornements se rattachent. Que faut-il de plus pour qu'il nous soit permis de dire que *las Huelgas* sont, à proprement parler, une école de l'art? Rien, en vérité, et pourtant, comme en réserve, il nous reste encore à citer surabondamment les nombreux, variés et riches tombeaux des rois, reines, princes, princesses et autres personnages ecclésiastiques et séculiers de haut rang qui y sont ensevelis. Nous ferons mention de quelques-uns d'entre eux, en traitant des diverses parties de cet important monastère. Leur énumération serait ici chose plus longue que ne le comporte la nature de cet ouvrage. Nous renvoyons donc les amateurs au vol. XVII de *l'Espagne sacrée*, où ils trouveront, dans le chapitre qui traite de ce monastère, une notice détaillée des personnes royales qui y ont été ensevelies, des rois qui y ont été couronnés, et de tous les événements remarquables dont le couvent de Sainte-Marie de las Huelgas a été le théâtre.

Avant de commencer à nous occuper de l'estampe dont nous devons à nos lecteurs l'explication, arrêtons-nous encore un moment en face de ce monastère, dont les robustes murailles semblent plutôt appartenir à une forteresse qu'à un temple. Remarquons dans sa construction comme quoi l'ogive commençant, au XII° siècle, à remplacer le cintre, l'architecture s'efforce de répudier le goût du Bas-Empire, appelé byzantin, et, n'y parvenant qu'à demi, prend un caractère anomal et confus. La masse et la solidité de l'édifice ne sont-elles pas l'emblème d'une société où le fer couvrait un plus grand nombre d'hommes que la laine, où les mots loi et force étaient synonymes, où le droit divin ne protégeait les rois qu'autant que la trempe de leur épée et la vigueur de leur bras avaient su les rendre également redoutables?

Il y a, sans le moindre doute, dans chaque époque de l'histoire des peuples, une pensée, un esprit qui influe sur tous les actes, qui imprime son cachet sur toutes les œuvres, sur les plus grandes comme sur les plus petites, qui, en un mot, est aux nations ce que l'âme est au corps. Ceux-là écrivent bien l'histoire, qui comprennent et savent expliquer cet esprit de chaque époque; ceux-là gouvernèrent bien qui surent l'exploiter à temps en faveur de la chose publique. Voyez l'exemple d'Alphonse VIII, l'un de nos

(1) Cet hôpital du Roi, qui fait partie du monastère, fut fondé pour les pèlerins qui se rendaient à Saint-Jacques de Compostelle; et afin que les étrangers pussent s'y confesser, il y avait un ecclésiastique étranger aussi. A peu de distance il y a une espèce de bourgade, composée des habitations destinées au grand commandeur, à douze moines et à huit religieuses *commanderesses* de Calatrava, qui dirigeaient l'hôpital, sous l'autorité de l'abbesse, sa dame suzeraine. Les réformes politiques de l'Espagne ont fait disparaître cette institution.

(2) Les établissements religieux dépendant de las Huelgas étaient en effet assez nombreux.

(3) Douze ou treize villes et cinquante villages.

(4) Au point de donner des dimissoires pour les ordres.

(5) Elle pourvoyait, dans sa juridiction, aux charges de corrégidors, aux commanderies, aux prélatures, aux cures, etc. Elle y avait encore le droit seigneurial de haute et basse justice.

constante: guerra á los infieles, riquezas al clero, templos al Señor. Preocupacion, fanatismo! grita la moderna filosofía. Error ó ignorancia, ligereza ó mala fe de vuestra parte, sofistas incorregibles, debe contestárseles. Prescindid de la religion, si tan desgraciados sois que para vosotros no existe; prescindid de ella, pero traed la consideracion á las circunstancias en que Alfonso se hallaba. Vedle salir de una menoría en que, como en todas, la ambicion de los magnates puso en peligro el trono y atrajo sobre el pueblo la devastacion y la ruina, el fuego y el hierro, la guerra civil y la extranjera; vedle, digo, luchando con sus inquietos grandes, mal quisto de su tío el de Leon, gobernando á un pueblo aniquilado, y con la morisma al frente. ¿Dónde irá á buscar auxilio; dónde hallará la fuerza que ha menester para someter á los fuertes, auxiliar á los débiles, poner á la razon á su ambicioso pariente, y combatir á los infieles? ¿Dónde? En Dios en el cielo, en el clero en la tierra. Mas valia por cierto conceder amplia jurisdiccion en villas y lugares á la abadesa de las Huelgas, que entregárselas á un rico-hombre, hoy orgulloso vasallo, mañana armado rebelde; y ciertamente no podian entonces emplearse mejor los tesoros de las conquistas, que en la ereccion de asilos para las vírgenes ó para los hombres pacíficos, mal seguros donde quiera que la cruz no los abrigaba.

Insistimos pues en ello: es soberanamente injusto acusar de fanatismo á los que fundaron monasterios, en vez de tributar á su memoria el elogio que merece por haber estimulado, ó mas bien dado ocasion de formarse á los artistas; manteniendo viva la fe católica, cuya unidad y fuerza explican solo como durante siete siglos se combatió á los musulmanes; y construyendo en cada convento una ciudadela á las letras, ahogadas fuera de ellos bajo el peso de las armas. Hablemos ya de la estampa.

Dentro de clausura existe el patio llamado la Claustrilla, que nuestro artista el señor Villa-amil pudo copiar, gracias á la amabilidad con que la Ilustrísima Señora Doña Luisa Benita Rascon, actual abadesa de las Huelgas, le facilitó la entrada y le indicó cuantas preciosidades se encierran en el monasterio.

Fragmento precioso del estilo bizantino ó del Bajo Imperio, parece indudable que la Claustrilla era parte del palacio ó casa de placer que Alfonso mandó convertir en convento. Los caracteres generales de la construccion cuya copia ofrecemos al público, son los de todas las de su género: maciza solidez y poca altura relativamente á la extension de la planta. Los arcos, que son, como se ve, semicirculares, pertenecen á los llamados romanos de la decadencia, y están sostenidos por columnas pareadas, cuyos capiteles son dignos de particular atencion por lo variado y en general elegante del dibujo de su adorno, en que el arquitecto quiso indudablemente lucir su ingenio y buen gusto.

No entraremos en mas pormenores, dispensándonos de hacerlo la fidelidad con que la litografía ha reproducido el dibujo, y la que en este observó el dibujante al copiar el original.

Mas antes de concluir este artículo, séanos lícito hacer votos porque el gobierno atienda á la conservacion de un monumento tan rico en recuerdos históricos, como en ejemplos de los diferentes géneros de arquitectura.

rois les plus illustres; examinez le principe constant de sa politique: guerre aux infidèles, des richesses au clergé, des temples au Seigneur. — Préjugé, fanatisme! s'écrient les philosophes modernes. — Erreur ou ignorance, légèreté ou mauvaise foi de votre part, incorrigibles sophistes! devrait-on leur répondre; faites abstraction de la question religieuse, puisque vous êtes assez malheureux pour en méconnaître la puissance; faites-en complète abstraction; mais prenez du moins en considération les circonstances qui environnaient Alphonse. Voyez-le sortir d'une minorité pendant laquelle, comme d'habitude, l'ambition des grands avait mis le trône en danger, et attiré sur le peuple la dévastation et la ruine, le feu et le fer, la guerre civile et la guerre étrangère; voyez-le luttant contre ses turbulents feudataires, inquieté par son oncle le roi de Léon, gouvernant un peuple épuisé, en face des Maures toujours prêts au combat. Où ira-t-il chercher du secours? Où trouvera-t-il la force qui lui est nécessaire pour soumettre les forts, relever les faibles, mettre à la raison son ambitieux parent et combattre les infidèles? où la trouvera-t-il, si ce n'est en Dieu dans le ciel, et dans le clergé sur la terre? Mieux valait à coup sûr placer des bourgs ou des villages sous la juridiction de l'abbesse de las Huelgas que de les livrer à quelque haut-baron, trop orgueilleux vassal d'abord, puis bientôt rebelle armé. Il est certain que dans ces temps-là les trésors de la conquête ne pouvaient être mieux employés qu'à la fondation d'asiles pour les vierges ou pour les hommes paisibles, privés alors de sécurité partout où la croix ne leur offrait pas son abri.

Nous persistons donc à soutenir qu'il est souverainement injuste d'accuser de fanatisme les fondateurs de monastères, quand on devrait, bien plutôt, honorer leur mémoire, car ils encouragèrent ou plutôt créèrent les artistes; ils maintinrent vivante la foi catholique, dont l'unité et la force expliquent seules comment l'Espagne put soutenir une lutte de sept siècles contre les Musulmans; et ils élevèrent enfin dans chaque couvent une citadelle où pussent respirer les lettres, partout ailleurs étouffées sous le poids des armes. Arrivons au sujet de notre planche II.

Dans l'enceinte de la clôture de las Huelgas se trouve la cour dite *la Claustrilla*, que notre artiste M. Villa-amil a pu copier, grâce à l'amabilité avec laquelle l'illustrissime dame Doña Luisa Benita Rascon, abbesse actuelle de *las Huelgas*, a daigné lui faciliter l'entrée du monastère et lui en montrer toutes les curiosités.

Fragment précieux du style byzantin ou du Bas-Empire, il paraît hors de doute que *la Claustrilla* faisait partie du château de plaisance que le roi Alphonse fit changer en couvent. Les caractères généraux de la construccion dont nous offrons au public la copie sont ceux de toutes les constructions du même genre: une solidité massive et peu d'élévation, eu égard à l'étendue du plan. Les arceaux, qui, comme on le voit, sont cintrés, appartiennent au genre dit romain de la decadence, et sont soutenus par des colonnes dont les chapiteaux méritent une attention particulière en raison de la variété et même, en général, de l'élégance du dessin de leurs ornements. Indubitablement l'architecte a cherché à y faire preuve de talent et de bon goût.

Nous n'entrerons pas dans d'autres détails, dispensés que nous en sommes par la fidélité avec laquelle la lithographie a reproduit le dessin et la scrupuleuse exactitude que le dessinateur a mise de son côté dans sa copie de l'original.

Mais avant de terminer, qu'il nous soit permis de faire des vœux pour que le gouvernement s'occupe de la conservacion d'un monument aussi riche en souvenirs historiques qu'en modèles des différents genres d'architecture.



Genaro Perez de Villa-amil le Dibujo

Lith. par Bachelier et Bayot

CAPILLA MAYOR DE LA CATEDRAL  
de Toledo

GRANDE CHAPELLE DE LA CATHÉDRALE  
de Tolède.

Paris, chez A. Hauser, boulev. des Italiens, n.

Imp. Lemercier, Bernard et C<sup>ie</sup> à Paris.